

de sus perseguidores. Estos hacían con celeridad, bien diversa de la traída por la regia berlina, todos cuantos materiales hallan al paso, carretas, bancos, barriles; y la monarquía, que ha superado los obstáculos opuestos por los siglos de guerra y de fe, no podrá superar estos pobres obstáculos, hacinados allí por hombres sin conocimiento de su propio cometido, y que se mueven, como las ruedas de una máquina á impulsos del vapor, á impulsos del espíritu de un siglo esencialmente revolucionario. Hecho esto, y detenida necesariamente allí la monarquía, dirígese á casa del alcalde, á casa del comandante de la milicia nacional, y se lo revela todo. Entretanto la real familia baja desesperada, sin haber dado con el lugar donde estaban los tiros de refresco; y dirigiéndose al postillón le piden, le ruegan, le instan para que los lleve adelante, aunque sea con los caballos cansados. El postillón se niega, y groseramente.

Lo que no pudieron los ruegos lo pudieron las dádivas. El postillón fustigó á sus cabalgaduras, que, cansadas ó no, echaron á andar hacia adelante. Pero en próximo pasadizo, entre dos puertas de un portalón, bajo obscura bóveda, las autoridades, movidas por el antiguo húsar de Condé, y rodeadas de algunos milicianos, proyectan sobre los vidrios de la berlina varias linternas sordas y apuntan al pecho de los viajeros con varios montados mosquetes. Unos cogen por las bridas los caballos, otros abren con imperio las portezuelas, todos gritan: «¡alto!»; y Drouet sólo pide á aquellas gentes la inmediata presentación de sus pasaportes. La monarquía quedó enterrada bajo aquella obscura bóveda de un pueblo casi insignificante y en aquella hora de una noche tranquila. Las gentes de pro en aquella villa se reunen y examinan detenidamente los pasaportes. La reina, impaciente por alcanzar el término de su viaje, les dice que no tienen tiempo para malgastarlo de esta suerte, y que se hallan todos los viajeros muy apremiados por negocios urgentes para llegar al término del viaje. Los villanos, como se diría en otro tiempo, observan que los rumores de guerra civil, de invasiones extranjeras, de maniobras reaccionarias obligan á las autoridades municipales con obligación inevitable á dormir en un pie. Los viajeros objetan que ellos, como gente extranjera, nada tienen que ver con la situación de Francia, ni nada que compartir con la responsabilidad de los acontecimientos. «¿Quiénes sois vosotros?, por fin preguntan los consejeros municipales con verdadera impaciencia.—Somos, responde el aya de los niños, la familia de la baronesa de Korff.—Veamos el pasaporte,» contestan á una aquellos porfiados. Y en efecto, se van á leerlo. El buen alcalde observa que el pasaporte tiene validez indudable, porque lo autoriza la firma del monarca, unida con la firma del ministro de Estado. Pero Drouet, decidido á no dejarse arrancar la presa, pregunta si lleva el pasaporte la firma de la Asamblea Nacional. El que lo lee declara que lo subscriben algunos diputados componentes de una comisión; y Drouet vuelve á preguntar si lleva el documento la firma respetabilísima del presidente; y como le dijieran que no, insiste en la necesidad de detener aquella familia para evitar la guerra civil, y pinta los horrores de la invasión extranjera, y demuestra que aquellos caminantes instalados en la carroza, seguidos y acompañados de palafreneros, con influencia bastante á conseguir que los cus-

todien tantos húsares, con poder omnímodo para suscitar el movimiento de tales ejércitos, llevan consigo adondequiera que vayan los destinos de la nación, y es necesario seguirlos y celarlos con cuidado. A todas estas reflexiones ya no hay respuesta posible: los fugitivos bajan de la berlina y entran todos en casa de un tendero de especias y mercerías que es síndico del Ayuntamiento y decidido patriota. Y la familia real declara sus nombres y confiesa su fuga. El cuadro es bien siniestro: la monarquía humillada con la última de las humillaciones; el pueblo levantado en uno de esos levantamientos unánimes, á los cuales no hay resistencia posible; vestido el monarca en traje tal, que ora mueve á compasión, ora á risa, mezclándose el llanto de los leales con las carcajadas de los indiferentes y produciendo la misma siniestra resonancia de horror; aquellas tiernas y delicadas princesas, nacidas bajo los áureos artesonados, acostumbradas á pisar flores y alfombras, de pie entre los cajones de melazas y de velas de sebo, rodeadas por milicianos que las ahuman con el vapor de sus pipas y las aterran con el sonido de sus armas; dentro, las autoridades populares, inciertas entre el respeto que les inspira la majestad del rey, personificada en la real familia, y el terror que les inspira la majestad del pueblo, personificada en la Asamblea, presente á todas partes por el concurso universal de los patriotas; fuera, los grupos reunidos al toque del tambor y de la campana con los fusiles en las manos y las amenazas en los labios, prontos al combate y confundidos con los pocos húsares que restan fieles, y aparejados á la lucha, si ven la señal de luchar; por todas partes pasiones, cólera, ideas, que dan á las figuras colocadas en aquellos espacios los rojizos colores del incendio, é inspiran á cuantos las contemplan los sentimientos y las sacudidas del terror. La reina se acordó en aquel trance de que era madre, y depuso con solicitud sus dos hijos en la modesta cama del especiero, á cuyos pies plañíase y lloraba una mujer del pueblo, absorta su mente y su memoria en el paralelo natural entre la grandeza heredada de aquellos príncipes y su terrible humillación. El rey se cuidó ante todo y sobre todo de que tenía hambre, y le dieron dos rebanadas de pan y queso, con una botella de vino borgoñés, que devoró y apuró, relamiéndose y asegurando que jamás gustara queso tan rico ni bebiera vino tan exquisito en su propia real mesa. La muchedumbre no sabía á qué atribuir aquella calma de Luis XVI, si á estupidez ó á indiferencia.

Mejor hiciera, y así acertara, de atribuirle justamente al resorte que más mueve y que más sostiene nuestra voluntad y nuestros nervios, á la esperanza. El rey esperaba todavía que viniese por algún lado cualquiera de sus salvadores, ó bien el marqués de Bouillé, ó bien el duque de Choiseul, los únicos llamados á socorrerle en aquel trance. Iba el duque de Choiseul en su busca, pero solo, como hemos dicho, y oyendo á través de los campos el toque de rebato, á cuyos ecos avivábanse las cóleras populares y morían las esperanzas realistas. El marqués de Bouillé, que estaba aguardando entre Varennes y Montmedy, recibió la noticia de labios de su hijo con estupor; púsose al frente de sus húsares alemanes con resolución; marchó hacia la prisión del rey con presteza, pero obstruyó el puente de la villa y dificultísimo el vado del río, ni nadando pudo pasar, y se

vió obligado á irse en pos de otras aventuras y á buscar guerras á su natural batallador, y muerte á su sed de martirio en otros continentes. Los pocos húsares, que andaban desperdigados por las calles, podían aún, con la natural superioridad del soldado de línea sobre el miliciano de pueblo, intentar algo; uno de los jefes que formaban la comitiva regia les gritó: «¡viva el rey!», y contestaron ellos: «¡viva la nación!» Todo estaba perdido. Un arranque del monarca; alguna de esas palabras elocuentes que parten del corazón y van á los corazones derechos; alguno de esos gestos que imponen una voluntad á otra voluntad y alguno de esos ademanes que significan imperio; echarse sobre un caballo indómito y desenvainar una espada fulminante; querer y mandar, quizás contuviera á los irreverentes, confortara á los tímidos y lo decidiese todo; pero aquel hijo de cien reyes envuelto en el traje de los ayudas de cámara, comido y bebido en trance tan fatal, más inclinado á dormir que á pelear, torpe en sus ademanes, vulgarísimo en su gesto, incierto en sus resoluciones, frío en su rostro, más bien suplicante que imperioso, cayó desde un trono, desde el sitio para que no había nacido, sobre el sitio á que le destinara la naturaleza, sobre un mostrador de ultramarinos. Y en Varennes expiró la monarquía francesa.

No expiró sino después de haber suplicado mucho. El monarca, sin comprender que tras sus abdicaciones ya nada tenía que reclamar de nadie, nada que imponer á nadie, nada que pedir en la tierra huérfana de su autoridad, se dirigió al síndico y le instó para que lo dejase partir, en la seguridad de que no iba al extranjero, sino á una plaza fuerte de su propio reino, y no atentaba á la Asamblea, sino que la redimía del cautiverio de las muchedumbres ebrias, al cual estaba, como el rey mismo, sometida en el abrasado París. El pobre síndico se enterneció, casi lloraba, movíase á compasión; quizás hubiera cedido, quizás rogaba él mismo al monarca que se marchase libremente; pero el terror á la Asamblea y á los clubs, á esos reyes de tantos brazos y tantas cabezas, paralizaba todos los impulsos generosos de su buen natural y le detenía en toda resolución heroica. Apelóse á la última esperanza, á la reina. Ésta comprendió que necesitaba ahondar en los abismos de la naturaleza humana para extraer la salvación de todos. Así no se acordó de su majestad histórica, de su sagrado carácter real, de sus prerrogativas y primacías, sino de que era madre, y madre infortunada, y tenía, por lo mismo, que tocar y conmover el corazón de una madre. La esposa del síndico tenía hijos, y al tener hijos, tenía los argumentos más decisivos en favor de las súplicas de María Antonieta. Ésta volvióse á la humilde tendera, y brevemente, con la elocuencia propia del sentimiento, la juró á que oyese sus súplicas y salvase á sus hijos. La mujer, avisada por ese instinto de conservación que hace á los seres amenazados de algún gran peligro tan empedernidos y tan egoístas, le contestó estas duras y acerbas palabras: «Señora: os acordáis de vuestro marido y de vuestros hijos, y yo á mi vez me acuerdo de mi marido y mis hijos.» La reina lanzó un gemido de desesperación que parecía el estertor último de su alma espirante, y se entró en el cuarto donde reposaban sus hijos, á cuyos pies la mujer del pueblo antes mencionada, la suegra de la tendera, seguía llorando á todo llorar las trágicas desgracias de los reyes.

Y en efecto, como si el huracán se hubiera desencadenado sobre aquellos campos; como si el mar se hubiera salido de su centro para volcarse y extenderse sobre la tierra; como si el suelo entero se desgajara y el firmamento se viniese abajo; oíanse campanas á vuelo que tañían á rebato, tambores y redobles que tocaban á generala, gargantas roncas que despedían siniestros gritos, vibrar de armas que resonaban con horrible resonancia, pisadas de gentes que venían en son de amenaza, el resuello de todas las pasiones, el lejano trueno anunciando la próxima tempestad, el estallido de la guerra. Al pronto sólo había los milicianos de Varennes; después ya había ocho mil, después sesenta mil, hasta desbordarse aquellas muchedumbres en armas y llenar como inundación tormentosa todas las cercanías de la humilde prisión, donde agonizaba el poder absoluto é histórico de los antiguos reyes. Y mientras esto sucedía, una comisión de la Asamblea se acercaba, y poniendo mano sobre la familia real, llevábase á París, es decir, al destronamiento y al cadalso.

## XVII

Hemos narrado los acontecimientos de la revolución hasta aquí, por creer que en ellos se ha detenido menos de lo conveniente el ilustre historiador, á cuya obra ponemos por encargo este modestísimo y sencillo prólogo. La revolución francesa tiene dos altos caracteres, que Mr. Thiers no ha hecho resaltar como debiera en su libro, el carácter eminentemente filosófico y el carácter eminentemente dramático. Quien busque la exactitud, el encadenamiento lógico de los sucesos, las reflexiones profundas de la razón de Estado, las advertencias de una reflexión prudentísima, debe dirigirse á Thiers, en la seguridad de encontrar en él á manos llenas enseñanzas instructivas y maravillosas, bien propias para aumentar los caudales de la humana experiencia. Pero quien busque la alta filosofía de la historia y el drama de la revolución, no ha de encontrar ni una ni otra cosa en el escrito que encabezamos. Á cambio de esto, no conocemos autor alguno, entre tantos como han descrito la revolución, que tenga la claridad de su juicio, la sencillez de su forma, la competencia que él en lo militar y en lo económico, la riqueza de observaciones á veces triviales á primera vista por fáciles y en realidad profundísimas por lo mismo que parece el lector y no el autor aquel á quien se le ocurren. Hay otros historiadores de la revolución más amenos, más originales, más filósofos, más profundos, más artistas; no hay ninguno más claro, más natural, más metódico, más sencillo. Tenía Thiers la dote culminante del historiador: una aptitud maravillosa, sin igual, para la narración. De consiguiente, su libro tiene la exactitud de un libro de matemáticas, el candor de un cuento de niños, la amenidad de una novela histórica, y luego el carácter profundamente verdadero que cumple á un historiador y á un estadista y á un político de su monta. No puede desconocerse que, estando tan cerca de nosotros la revolución francesa, los historiadores modernos hacen de sus páginas asunto de partido. Un socialista, como Luis Blanc, le da el color socialista, que tan poco le cuadra, mientras los monárquicos absolutistas componen una elegía á favor de los reyes y un

libelo inmundo para denigrar á los revolucionarios y á los reformistas. He ahí otra de las grandes cualidades en que la obra de Mr. Thiers resalta: la imparcialidad. Échase de ver á primera vista que el autor pertenece por su filosofía social á la escuela ecléctica, por su partido político á la escuela doctrinaria, por su nacimiento y por su educación á las clases medias. Pero nacido en plena revolución, educado en el imperio, puesto en las realidades de la vida y en los comienzos de su historia cuando el régimen constitucional comenzaba paulatinamente á depurarse y á salir más fuerte y sólido de las asechanzas terribles de la restauración, su alma ha pasado por todas las fases revolucionarias, y entre su cuna y su sepulcro se ha extendido la fiebre creadora y la solución prudente de los primeros y de los últimos días de esta grande crisis que ha renovado toda la vida, que ha henchido toda la historia, y que se llamará en el habla de todos los siglos la revolución por antonomasia, puesto que encierra y contiene la ruina de los opresores y la libertad de los opresos por excelencia. Hay en Mr. Thiers una cualidad también culminante, y es el amor á esa revolución, que á través de sus accidentes, á través de sus flaquezas, á través de sus desmayos, á través de sus crímenes, ha conseguido rehacer desde el suelo hasta la conciencia de Europa. Ella y sólo ella ha desarraigado las raíces feudales que se agarraban á los torreones de la aristocracia; ella y sólo ella ha concluído la obra secular de la redención de los esclavos adscriptos al terruño como los instrumentos de labranza ó como las bestias de carga; ella y sólo ella ha destruído la tasa que pesaba sobre el comercio, los gremios que herían y paralizaban la industria, los mayorazgos que vinculaban la propiedad y herían la familia, la amortización que esterilizaba los campos, la intolerancia religiosa que ahogaba las conciencias, la censura que asfixiaba el pensamiento, la torre del homenaje á cuyos pies bebíamos todos la ignominia, y la alta monarquía en cuyas cimas tronaba un ídolo rodeado por la servidumbre universal. Hasta el fin de su vida ha sido el grande historiador, el grande orador, el gran político, fidelísimo al espíritu sublime de la revolución francesa.

Mucho han hablado los historiadores vulgares de los crímenes de la revolución. Muchas imputaciones le han dirigido por aquel hervor de sangre que le arrastra á erigir el patíbulo en altar. Nadie como nosotros ha lamentado los excesos de la revolución, porque nadie como nosotros ha sufrido sus terribles consecuencias. Si el movimiento democrático se ha paralizado en Europa tanto tiempo, si las varias reacciones han tenido tal número de sectarios, si la República ha aterrado á tantas generaciones, débese indudablemente á esa época siniestra del terror, cuyo recuerdo pesa sobre todos nosotros con grave y abrumadora pesadumbre. Indudablemente aquellos terroristas, que destruyeron las cimas de la revolución, segando todas las cabezas donde se condensaban los grandes pensamientos, aquellos terroristas allanaron sus vías triunfales á la asoladora invasión del despotismo. Como, según el dogma católico, la falta de Adán recae sobre toda la humanidad, el pecado de los demócratas franceses recae hoy aún sobre toda la democracia. Nadie, por consiguiente, tan rígido é inflexible como nosotros para condenarlo y maldecirlo. Mas no debe olvidarse que todas las obras

humanas de carácter social han nacido manchadas de sangre. No, no es la obra social esa obra artística, que surge pura y luminosa de esa immaculada inspiración, toda espiritual, cuyos estremecimientos agitan el alma de los grandes poetas de la vida y rodean de gloria inmortal sus creaciones. Las obras sociales nacen mezcladas con muchos intereses, combaten leyes é instituciones arraigadas, suscitan guerras cruentísimas, engendran tempestades terribles, y su virtud de purificación y de progreso degenera muchas veces en el vicio de la ciega fuerza y de la brutal violencia. Examinad la historia moderna y ved cuál de las instituciones, que parecen más ideales y más puras, se han exentado alguna vez de sufrir esta ley durísima de la fuerza y de traer, como otras tantas furias, este cortejo horrible de crímenes y de violencias. Jamás el imperio romano cayera, y la idea de la individualidad personal brotara en Europa; jamás la unidad de los Estados se sobrepusiera á la anarquía del feudalismo; jamás la autoridad civil y la autoridad eclesiástica se apartaran en dos zonas diversas; jamás la conciencia religiosa se vivificara con la libertad; jamás las municipalidades brotaran como semillas de la democracia sin las irrupciones de los bárbaros, sin las guerras de las investiduras, sin las Cruzadas, sin las luchas de las comunidades, sin el levantamiento de los campesinos, sin el terror monárquico, sin catástrofes mil, mucho más luctuosas y mucho más sangrientas que la revolución francesa. Si ésta se creyera impecable, infalible, hija de Dios, bajada del cielo, hecha por reveladores santos, superior á la razón, podría exigírsele algo tan excepcional que no tuviera su parecido en la historia del humano linaje; pero concebida por filósofos, divulgada por tribunales, hija de las facultades humanas, obra de la humana inteligencia, naciendo en la realidad viviente con todas las imperfecciones congénitas á nuestra débil naturaleza, no deben pedírsele milagros jamás obrados por ninguna institución conocida en ningún tiempo de la historia.

La revolución francesa ha tenido su periodo de iniciación, el periodo que se extiende desde los escritos de Voltaire y Rousseau hasta la caída de Turgot. Ha tenido su periodo de explosión, que se extiende desde la caída de Turgot hasta la muerte de Robespierre; ha tenido su periodo de reacción, que se extiende desde la muerte de Robespierre hasta la caída de la restauración; y bien puede decirse que desde la caída de la restauración hasta nuestros días, pasando por varios eclipses, sintiendo diversos desmayos, ha entrado esta obra social gigantesca, que extiende sus ideas sobre toda nuestra conciencia y sus transformaciones sobre todo el suelo europeo, en el periodo de madura y definitiva solución. Dentro de estos varios periodos podría escribirse como una historia universal, según la fecundidad maravillosa del espíritu humano en tal periodo de tiempo y la viveza y la rapidez con que han ardido las humanas ideas en las cimas vertiginosas del mundo y en las épocas varias de esta nuestra edad creadora. Nadie diría que ha durado tan poco tiempo un drama tan rico en varios incidentes y tan poblado de grandes personajes. Bien es verdad que como la tierra no se encuentra preparada realmente á recibir esa semilla; como la conciencia no se encuentra dispuesta tampoco á colmular en esa idea; como es una revelación del dere-

cho eterno que se adelanta demasiado y que quiere inútilmente forzar la resistencia invencible del tiempo y contrastar lo incontrastable; caen unos en pos de otros los revolucionarios bajo la pesadumbre de su propia grandeza y de la grandeza incommensurable de su obra. Los reformadores sucumben por la resistencia ciega del monarca á las reformas; los constitucionales sucumben por la lucha empeñada entre el trono y el pueblo; los girondinos sucumben por su federalismo prematuro en medio de una sociedad obligada, en virtud del derecho de la propia defensa, á la unidad y á la fuerza; los dantonianos sucumben víctimas del mismo terror que engendraran y cayendo en la misma fosa donde sepultaran la legión sacratísima de la Gironda; los jacobinos sucumben por la fuerza y la autoridad excesiva dadas al Estado con grave daño de la república; los termidorianos sucumben porque eran la dictadura sin inteligencia y sin gloria; y sobre los cadáveres de todos, y sobre la ruina de todos, tras aquella revolución sin salida y aquella reacción sin objeto, corolario de todas las dictaduras, engendro de todas las violencias, condensación de todos los vapores de sangre, última cima de aquella gradería de patíbulos, surge el despotismo revolucionario, el malhadado imperio de los Bonapartes.

La revolución francesa es una de esas grandes inundaciones de ideas que devastan la tierra con sus corrientes, pero que también la fecundan con su humedad. Los que sufrieron su primer impulso se ahogaron en las corrientes; pero luego, los que heredaron aquella edad creadora tendrán que bendecirla eternamente. Los falsos historiadores, los que se ponen á calcular cómo los grandes hechos hubieran pasado si pasaran de esta ó de la otra suerte más ó menos arbitraria, dicen que la revolución se podía fácilmente substituir con la reforma. Parece imposible. Os encontraréis enfrente de una gran montaña, tenéis que horadarla para que pase por sus senos la rápida locomotora, y dudaráis si usar la pólvora ó la dinamita. En aquella edad de obstáculos insuperables; cuando el cuarteado castillo pesaba sobre las espaldas del siervo envilecido; cuando la monarquía acababa de hacer del Estado su casa de prostitución; cuando la Iglesia se mezclaba con el poder civil en términos de ser su cortesana ó su señora; cuando el privilegio oprimía desde el suelo hasta el espíritu, las sociedades humanas no encontraban más medios de destruir todo aquello que la revolución. Mucho la exageraron los revolucionarios, cayendo en excesos abominables y llevando las ideas de la estrecha esfera de la realidad allende el límite de lo posible. Pero no sabemos cuánto aceleró la fuerza del movimiento la misma ceguedad de la resistencia. Las supersticiones arraigadas de Luis XVI, el orgullo incurable de María Antonieta, la conspiración continua contra la patria, aceleraron las soluciones republicanas mucho más que el impulso dado por la fe de los partidos revolucionarios. La revolución tuvo, además de esta resistencia de las instituciones antiguas que superar, la Europa monárquica que vencer. Y, naturalmente, cuando los reyes juraron su perdición y los ejércitos de los reyes entraron por todas las fronteras seguidos de los emigrados que vendían su patria al extranjero, no quedaba otro remedio sino convertir los árbo-

les en astas de lanza, el hierro en chuzos, las casas en fortalezas, los ciudadanos en soldados, los soldados en héroes á la antigua, é ir al son de «la Marsellesa,» entonando aquellos coros que helaban la sangre en las venas de los soldados del despotismo, á morir por la libertad y por la patria. Es natural que en nación sólo para la guerra constituida, no pudiese vivir mucho tiempo una república democrática. Es natural que tras batallas épicas, tras encuentros fabulosos, tras acciones heroicas, entre los vapores del humo y los vapores de la sangre, necesitada la sociedad francesa de una guerra continua, se dibujase en los aires el nefasto cesarismo. Si la gran república americana, en vez de encontrarse frente á frente de la Inglaterra sola, y auxiliada por dos monarquías, como la monarquía de España y la monarquía de Francia, se encontrara frente á frente de cien reyes empeñados en perderla y lanzando de continuo sobre ella sus legiones, con seguridad sucumbe, y en vez de entregarse al gran ciudadano que se llamaba Washington, hubiérase entregado al primero de sus salvadores militares que se llamara César.

Nada tan fácil como rectificar la historia en el silencio y en el retiro de un gabinete de estudio. Nada tan fácil como deslumbrar al mundo con juicios escritos *a posteriori*, fuera del contacto con la viviente realidad, y lejos del paso de las fatalidades sociales. Pero cuando se ha vivido mucho y se ha tratado de reformar las sociedades; cuando se ha puesto empeño en grabar ideas nuevas sobre las humeantes lavas ó en hacer fecundas las estériles y desoladas ruinas, el ánimo más varonil y más entero se ha desconcertado y ha caído en una especie de admiración religiosa por esos hombres cuyo aliento ha henchido las velas que dirigen é impulsan las pesadas naves de los antiguos Estados históricos hacia su perfeccionamiento. La inundación ya ha pasado, y el ciudadano ha crecido tanto en Francia, y con el ciudadano el hombre, y la libertad de pensar y de creer se ha arraigado de tal suerte en su conciencia, y la propiedad se ha dividido con tanto provecho del mayor número, y el trabajo se ha emancipado con emancipación tan segura, y los derechos civiles se han extendido con tal extensión á todos los ciudadanos, y los derechos políticos han llegado con lógica tan inflexible al sufragio universal y á la República democrática, que no podemos menos de creer á la Francia ya definitivamente madura para la libertad y convertida en órgano é instrumento del progreso universal. Esta ha sido la gloria de Mr. Thiers: levantar ese monumento histórico á la revolución francesa en el templo de las artes, y luego coronarla, concluir la en su vida política, en sus trabajos de estadista, en su pugna por transformar la realidad con la cúspide hermosísima de una duradera República. Y para escribir su libro histórico, cual para cimentar su trabajo práctico, hase inspirado en una virtud que nunca nos cansaremos de inculcar á todas las generaciones, en la virtud del patriotismo. El grande hombre ha querido mucho á su patria, y como ha querido mucho á su patria, le han sido muchas faltas perdonadas por Dios y por la historia. En verdad su libro sobre la revolución fué seguido de otro libro sobre el imperio, en que exaltó demasiado las glorias del cesarismo y

ocultó demasiado la podredumbre que corroe á las sociedades humanas cuando les falta el aire purificador de la libertad. Pero su vida entera, con el esplendor que le da el culto prestado desde la infancia á los principios de la revolución, y el arte con que en la edad madura ha sabido fundar la República, le alzan, no solamente á la categoría de los bienhechores de su patria, sino también á la categoría de los bienhechores que haya podido tener la humanidad entera. Quien estas líneas escribe y este prólogo concluye, ha alcanzado, sin merecerlo ciertamente, la amistad de este grande hombre en los días más gloriosos de su

historia, en el esplendente ocaso de su vida, circundado por tan esplendorosos arreboles; y debe decir que le ha visto siempre fiel á la obra capital de su nación, al espíritu y á la historia de esta época revolucionaria, la cual, á medida que los años pasan y que el tiempo la transfigura, pierde todas sus manchas, se lava de toda la sangre derramada, quebranta los recuerdos nefastos, y entra á vivir en la conciencia de la humanidad y en el agradecimiento de las generaciones.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 14 de noviembre de 1879.

## PREFACIO

«Acometo la publicación de una obra enorme por sus consecuencias, llena de los más terribles combates, de las sediciones más abominables, así como de los días más gloriosos y pacíficos.» Esto decía el célebre Tácito al empezar su *Historia*, y esto podemos repetir nosotros tratándose de la *Historia de la Revolución francesa*. ¡Cuántos hombres han sucumbido en esas luchas ardientes, pero también cuántas libertades inmortales han sabido conquistar los dolores y la voluntad de un gran pueblo! Y en tanto que la libertad se funda á costa de tantos esfuerzos, de batallas ganadas, de batallas perdidas por tierra y por mar, la fortuna vacila entre el crimen y la virtud. Añádase á esto las luchas en las calles y las luchas en la tribuna, la monarquía más antigua expirante en el cadalso, y podrá afirmarse que el sol no ha alumbrado ni alumbrará jamás tantas tristezas y tantos esplendores.

¡La revolución! ¡Qué abismo tan insondable y al propio tiempo qué espectáculo tan interesante! Por un lado, el año de gracia y de emancipación 1789 dictando al género humano la Declaración de los derechos del hombre; por otro, el sangriento fanatismo de 1793. En este momento de terrible expiación, no hay roca perdida en el seno del Océano, por pequeña que sea, que no se convierta en lugar de destierro. La nobleza, la fortuna y los antiguos honores han llegado á ser un crimen capital; la virtud un justo motivo de proscripción; el mundo pertenece á los delatores. Todo el que tenga en su familia un juez, un sacerdote, un capitán, puede darse por perdido: no se conoce más Dios que la fuerza, ni más señores que el odio y el miedo. El amigo cierra la puerta al amigo... y gracias á que el padre reconozca á su hijo: gracias á que el hijo reconozca á su padre. ¡Ah! ¡Miseria, espanto y confusión!

Por otra parte no queda nada en su centro. Desconócese absolutamente el derecho, el deber, la justicia y el Evangelio; desaparece la alegría; no resuenan ya las plácenteras canciones; olvídanse las Bellas Artes, y de un extremo á otro de la ciudad enmudece el murmullo de las sabrosas pláticas, llenas de exquisita gracia y de apasionado encanto. Todo es fúnebre crespón, y bruma, y misterio, y tenebrosa noche; ya no queda esperanza en la tierra, ni una sola estrella en el cielo, hasta el día en que, semejante á la blanca paloma conductora del pacífico ramo de olivo, vuelva á aparecer esa libertad, nuestra madre indispensable, que nosotros hemos defendido, y que tan cara han pagado nuestros padres. Tal es el lado cruel y terrible de esta historia: no existe un hombre tan animoso que pueda contemplarlo sin palidecer. ¡Cuántos verdugos, cuántas víctimas, cuánta sangre derramada! Sin embargo, en el momento en que con más furia ruga la tormenta, se ve una inesperada claridad; mas ¡ay! esa claridad no es la precur-

sora del ansiado día; aún estamos muy lejos de la plácida luz, si bien es ya cierta blancura, vecina del cielo. ¡Loado sea Dios! No todo fué crimen, abyección y vileza en esas tempestades de todas las venganzas desencadenadas. Aun en medio de tan graves desórdenes hemos visto brillar heroicas virtudes, valerosos hechos, y más de un ejemplo en el que se reconocía la pristina majestad de la naturaleza humana.

¡Sí; en aquella ruina inmensa hubo súbditos que defendieron á su señor con las armas en la mano, que lo acompañaron, llenos de lágrimas los ojos, hasta el mismo cadalso. Hallándose la reina de Francia presa en la Conserjería, como se le cayese cierto día un zapato al patio, alargó la mano á los presos para que le devolviesen aquella prenda que trataba de conservar cuanto podía. Todos aquellos caballeros, poniéndose de hinojos ante la cautiva, besaron sucesivamente el zapato de la reina y se lo devolvieron bendiciéndola á porfía. ¿Hay algo más conmovedor que este detalle, en el cual se huelga el alma antes de presenciar los horrores del día siguiente? Pero, porque haya habido grandes culpables durante la época del Terror, no insultemos á la Revolución francesa. ¡Es santa! ¡Ha salvado el mundo! Mengua y baldón para el historiador que, en vista de tan grandes ejemplos, ofrecidos lo mismo desde las altas esferas del poder que desde los bancos del pueblo, hiciera pagar á los inocentes las culpas de los verdugos.

Debemos ser justos diciendo que, hasta en el exceso del Terror, resplandeció el exceso de la piedad, el exceso del honor. Al considerar el valor con que morían los señores del derrumbado feudalismo, creeríase que habían comprendido que debían dar aquel ejemplo supremo, y que en su muerte triunfante y desdenosa estaba implantado el respeto de la raza antigua. ¡Ah! ¡Cuántos asesinatos, pero también cuántos salvadores! ¡Qué llamamientos á las armas! ¡Qué clamor tan profundo é irresistible el de todo un pueblo que se lanzaba á las fronteras cantando *la Marsellesa*, ese canto de gloria!., mientras las ciudades enemigas, domeñadas de antemano, se apresuraban á abrir sus puertas á aquellos héroes.

En la contemplación de aquella época ilustre y funesta en que el valor y la libertad, la delación y el sacrificio, el énfasis y el buen sentido, la palabra y el asesinato llegaron al último y más violento extremo; en esa doble corriente de heroísmo y de crueldad, de clemencia y de terror, es donde se encuentran las más variadas y diversas emociones, en una palabra, todo el espectáculo de un libro de historia, escrito bajo la inspiración de historiadores maestros, y representada *ad vivum* en una serie de composiciones sinceras, pero llenas de la energía y de la violencia de aquellas gloriosas jornadas que el grabado y la pintura nunca re-